

JUAN CARLOS FERNÁNDEZ

DE SÍMBOLOS Y CORTESÍAS

«Libertad de expresión, me podrán decir algunos. Buenos, todas las libertades tienen un límite. No creo que la manifestación del desacuerdo tenga que llevar a nadie a la exaltación y a ponerse al borde de la apoplejía. Y también me parece que las autoridades merecen, siquiera por representarnos a todos, algún respeto»

A estas alturas, ahito el escritor de contemplar cómo en Cataluña o en el País Vasco se excluye la presencia de la bandera nacional (de la nación española, no de los «nacionales» de Franco, a ver si nos enteramos, que ya es hora), o más aún, ahogado en bilis cuando ve que cualquier mamarracho encapuchado se permite darle fuego, tampoco es cuestión de poner el grito en el cielo porque en algunos edificios municipales en Zafra no ondee nuestra enseña, flanqueada por la autonómica, la local y la europea. En honor a la verdad les diré que ignoro si la legislación que regula la materia obliga a que en todos los edificios municipales estén presentes estos símbolos; es más, les confieso que, de ser así, también la incumplí durante mis tiempos, ya relativamente lejanos, de municipal: tal vez porque no acertamos a darle a los elementos que nos representan su debido valor, tal vez por despiste, no me preocupé de ese asunto. Por cierto, bien estaría también hacer un inventario de dependencias municipales por si en alguna de ellas no han colocado el retrato de S. M. el rey, para subsanar el descuido, y vuelvo a asumir la parte alicuota de culpa, si la hubiere.

Empezamos por ignorar qué representa la bandera, que como tengo dicho en alguna parte no es una simple tela (un trapo, se atreven algunos), como una canción tampoco es una mera expulsión de aire modulado, y terminamos por saltarnos a la torera convenciones sociales que son expresión de respeto a nosotros mismos. No hace falta que me detenga en quienes silban al himno, grosería de marca mayor propia de energúmenos sin paliativos. Me quedo con algunos detalles que quizá pasen desapercibidos. Por ejemplo: como la Copa de Europa (ahora llamada Cham-



«¿Les sorprenderá que una estudiante abronque al presidente de la Junta? A mí sí». :: LORENZO CORDERO

pions) sólo puede exhibirla un equipo en sus estanterías, a los semifinalistas les parece poco que les impongan una medalla, de modo que pasan en fila delante de las autoridades deportivas que se las cuelgan en el cuello; saludan con absoluta desgana y con una cara de estaca digna de ser reproducida en frescos renacentistas y, seguidamente, se la quitan (la medalla, no la cara de estaca) y se dedican a merodear contritos por el césped. Bueno, ya sabemos que los futbolistas están rebosantes de adrenalina, que es frustrante no alcanzar el máximo honor porque son muy competitivos... Pero, hombre, que tampoco es que haya caído Constantinopla. Pues nada.

Claro, los que ganan tampoco están mancos... Ahora, justo por lo

contrario, pasan como una exhalación delante de las autoridades, porque lo que quieren es coger la copa, elevarla, zarandearla, revolverse con ella por la hierba. Y si por ventura hay allí algún gerifalite, lo mismo da que sea todo un jefe de Estado, se le trata fuera de todo protocolo. Y se admite sin rubor ni vergüenza ajena, en el fútbol parece que todo está permitido: al fin y al cabo son jóvenes

Si usted entra en una catedral y se encuentra un turista con sombrero no se sorprenda

exultantes de alegría, ¿no? Y como llueve sobre mojado, porque el concepto de moderación y de contención ante los símbolos es algo ajeno a nuestra educación, pues tanto da.

De modo que si ustedes entran en una iglesia catedral y se encuentran dentro a un turista con sombrero, no se sorprendan. Tampoco si a la mesa del restaurante se sientan comensales tocados con gorras de todo pelaje. Y si por ventura trabajan ustedes en un organismo público, y en su oficina (¿también en su aula?) entra un mozalbete con el consabido gorro, no lo dude: es cosa de los tiempos. Eso es libertad, lo contrario son pejiugeras de carcas.

¿Les sorprenderá, entonces, que una estudiante abronque al

presidente de la Junta de Extremadura a dos palmos de su cara? A un servidor sí, que quieren que les diga. Les digo esto porque, con ocasión del lamentable desaguasado que obliga a estudiantes sin culpa a repetir exámenes de Selectividad (ahora la llaman EBAU), como solución parece que lógica aunque desgradabilísima ante un error, descuido, omisión o lo que sea de alguien, he visto en la prensa a esa estudiante indignadísima desgañitarse, hasta el punto que un observador imparcial pensaría que la joven se disponía a devorar al presidente Fernández Vara, hombre de natural templado y, aunque acostumbrado a la crítica desaforada, poco dispuesto, intuyo, a ser digerido por la protestante. Libertad de expresión, me podrán decir algunos. Bueno, todas las libertades tienen su límite. No creo que la manifestación del desacuerdo tenga que llevar a nadie a la exaltación y a ponerse al borde de la apoplejía. Y también me parece que las autoridades merecen, siquiera por representarnos a todos, algún respeto.

¿Lo ven? Vuelta la burra al trigo. Símbolos y representantes. Es decir, expresiones palpables de nuestra organización política, que es la que sirve para darle viabilidad a la organización social. Si no hacemos aprecio de una bandera, si no somos capaces de mantener alguna formalidad en determinados momentos, cómo vamos a contenernos ante una autoridad. Ya verán, si al final va a ser todo cuestión de urbanidad, eso que ya no se estila, como el ponerse en el ojal jazmines para cenar, que decía (bueno, cantaba) la inolvidable María Dolores Pradera.

Por cierto, ¿sería muy costoso que en todos los edificios municipales lucieran las banderas en la fachada, aunque la ley no obligue? Lo digo por si cuela.